

Ana Elena DÍAZ ALEJO. *Edición crítica de textos literarios. Propuesta metodológica e instrumental*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015 (Resurrectio III, Instrumenta filológica, 3). 393 pp.

La obra de Dom Henri Quentin: *Essais de critique textuelle (Ecdotique)*, tuvo cierta intervención para que la ecdótica adoptara el significado que registra el diccionario de la Academia hoy en día. Aunque su mayor influencia se encuentra en la percepción que tiene buena parte de la crítica contemporánea sobre la “Ecdótica y la Crítica textual como términos equivalentes” (34).

76 años antes de los *Essais de critique textuelle* (Francia, 1926), apareció un libro que, de un modo más contundente, marcaría el rumbo de esta disciplina: la edición que Carl Lachmann preparó con los escritos de Lucrecio (Alemania, 1850), porque en ella “propone una metodología científica para la reconstrucción veraz de una primera versión de los manuscritos [...] A Lachmann debe la Filología una base sólida en el ordenamiento de un proceso por demás complejo” (33).

Estos son algunos datos de la reciente publicación de Ana Elena Díaz Alejo: *Edición crítica de textos literarios. Propuesta metodológica e instrumental*. Si bien dicho trabajo no busca resolver el enredo conceptual entre la Ecdótica y la Crítica textual, sí da las pautas para comenzar su estudio. Al revisar su contenido, se encuentran las herramientas necesarias para aprender y ejercitar uno de los quehaceres de la filología: la edición crítica de textos literarios; se exponen tanto sus aspectos generales como el *modus operandi* al que llegó una filóloga mexicana tras años de experiencia en esta área, quien alcanzó, gracias a “la recapitulación de las mil y un tareas que un filólogo —editor crítico— realiza frente a un corpus”, una “simplificación metodológica”, compuesta por ocho pasos y con una particularidad procedimental: su material de trabajo proviene de las publicaciones periódicas del siglo XIX mexicano. Sin embargo, esta metodología también puede ser aplicada a otros panoramas, por ejemplo, como dice la autora: “a los escritores del siglo XX”, aunque estos tienen “la fortuna de ser objeto de recopilaciones menos azarosas” (11), hecho por el cual su obra no requiere el rescate que necesita la de sus predecesores del siglo anterior.

Si se considera que una propuesta representa una idea no aprobada, entonces podemos confundirnos al leer el título de esta publicación y dudar sobre sus alcances y fundamentos. La operatividad de esta propuesta metodológica se constata no sólo por la experiencia de la autora, una de sus fortalezas, sino por los resultados materiales: volúmenes publicados, ediciones críticas en las que la investigadora ha participado, ha coordinado, dirigido o elaborado. Y a esta trayectoria —constante “recapitulación de las mil y un tareas” de la edición crítica— hay que añadir cierta práctica educativa que se llevó a cabo en el 2001, cuando Díaz Alejo impartió un curso “sobre las cuestiones que suelen presentarse en el proceso de edición crítica de textos literarios [para formar] la colección Nueva Biblioteca Mexicana” de la UNAM. Los detalles del suceso se pueden consultar en las primeras páginas del nuevo libro; lo que me interesa destacar es cómo dicho ejercicio pedagógico se involucra con el origen de este ejemplar. Al concluir esas sesiones, la maes-

tra Díaz se quedó con un “corpus ordenado de las circunstancias —las más urgentes—” que ahí se comentaron, el cual le sirvió de materia prima para elaborar, dos años después, un *Manual de edición crítica de textos literarios* (2003). Pasa más de una década y el empuje pedagógico de aquel curso sigue repercutiendo en la producción de la autora. Esa fuerza no se agotó con la elaboración del *Manual*. Su alcance vuelve a expresarse en el 2015, cuando aparece *Edición crítica de textos literarios. Propuesta metodológica e instrumental*, obra portadora de los mismos propósitos educativos. ¿Acaso no es evidente que en todo esto (el curso y los dos libros) hay una intención de formar a otros, de compartir el conocimiento?

Edición crítica posee, dentro de sus muchas características, tres que podrían definirlo como un texto afable. Una de ellas la constituyen los elementos formales que intervienen en la experiencia del lector, esos que pasan como minucias, pero que convierten a la lectura en algo más o menos trabajoso. Claro que leer siempre implica un esfuerzo, pero puede ser mayor si se trata de un escrito impreso con letra pequeña y con poco espacio. Con la conciencia de lo tortuosas que son las ediciones así, el lector agradece los ejemplares (como el presente) en los que se cuidaron detalles como el tamaño de la fuente, el espacio en los márgenes o el del interlineado, pequeños ajustes que hacen más amable la lectura.

El segundo rasgo se refiere al orden del contenido, elemental en cualquier escritura o método, pero que obtiene una calidad particular en esta obra. Supongamos la existencia de un lugar amplio, saturado de cosas, pero cada una en un sitio bien definido, con el espacio suficiente entre ellas, de modo que no se percibe repleto, y con las señales lo bastante claras como para que cualquier persona (ajena o familiarizada) pueda encontrar lo que busca, incluso de una manera sencilla. En *Edición crítica* ocurre esto, la autora cuida que todo esté en su lugar y que sea fácil de localizar. A *grosso modo*, el libro se compone de seis partes, cada una con sus apartados, y estos, a su vez, con sus correspondientes subdivisiones, todo bien especificado en el índice. Lo que queda fuera (incisos y subincisos), se identifica claramente en la redacción, ya que aparece con una sangría adecuada y con algún símbolo reconocible. En esta forma de ordenar existe un profundo interés porque cada dato esté al alcance; por ejemplo, en la Bibliografía y en el Vocabulario, además de la característica jerarquización alfabética, se añade una numeración, un apoyo extra que corrobora lo cuidadoso que puede ser el orden y, en ese sentido, su afabilidad con el lector.

Una parte sustancial del contenido, que no hay que olvidar, es la *Instrumenta*, acompañada de los Auxiliares técnicos. Esta especie de sección, casi la mitad del libro, se compone por la quinta y sexta partes, las cuales son esenciales para el trabajo del editor crítico porque con ellas se facilita “el proceso editorial y la presentación de sus materiales. Representan los códigos de comprensión entre investigadores, editores, impresores y lectores. Su conocimiento y dominio son indispensables” (30).

En *Edición crítica*, el modo de transmitir el conocimiento también tiene aspectos notables. La redacción tiende a la síntesis, son escasos los párrafos de más de veinte líneas, se aborda un punto de manera concisa, sin definiciones extenuantes, y se pasa al siguiente, tratado del mismo modo. El lenguaje es claro a pesar de ser un tema plagado de tecnicismos. Se ofrece de cada asunto que toca, además de una explicación llana, uno o múltiples ejemplos y se aclaran hasta los puntos que parecerían más obvios. Asimismo, contiene diversos anexos que refuerzan gráficamente lo que se enseña a lo largo del discurso. Todo

en función de un objetivo: instruir a otros, transmitir los conocimientos de la edición crítica a aquellos que están en formación, a quienes no están seguros de saber cómo es una nota al pie de página o un voladito —aunque hayan escuchado sobre ellos y hasta los hayan visto más de una vez—, a los que se preguntan: ¿qué es la edición crítica?, o a los iniciados que se integran a un proyecto de rescate. Pero también sirve para aquellos que, con un interés más maduro y autodidacta, desean saber cómo elaborar una edición crítica. En esta forma de enseñar no se da nada por entendido, en las explicaciones se abarca hasta lo más evidente como si así se anticipara a las posibles dudas y con gran cantidad de ejemplos como si se quisiera erradicar hasta la última interrogante. Además de estas atentas características pedagógicas, hay que considerar lo que representa la sucesión de un conocimiento de años, un legado para la edición crítica en México. Aquí se asoma una especie de carácter íntimo en la obra, es como si fuera la bitácora de un explorador, de una exploradora para ser más precisos, en la cual se comparten los detalles para realizar sus hazañas, para convertirse en un buscador de “cápsulas de tiempo”; dicho de otro modo, convertirse (o convertir a otros) en un editor crítico profesional, abocado al rescate de textos literarios.

Luis Fernando Figueroa Olivo
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

